

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 21 DE MARZO DE 1901

NÚM. 539



Una receta infalible  
contra el fastidio mayor.

Fijense bien en la clase;  
*limpia, fija y da esplendor.*

## LA CONSULTA DE INOCENCIA

**U**STEDES la han visto más de una vez.

¡Ya lo creo que la han visto, y la han admirado, y hasta estoy seguro que le han dirigido algún chicoleo!

Pero Inocencia, que no en balde así se llama, porque es la inocencia personificada, al escuchar alguna de aquellas lisonjeras frases, inclina la vista ruborizada y prosigue su camino sin sonreír siquiera.

En cambio, en cuanto ve á Pepito Rodríguez, aquel muchacho que está en las oficinas de la Tabacalera, ya es diferente.

Para él sí que tiene sonrisas y miradas y apretoncitos de mano y... no vayan ustedes á echar por mala parte esto de los apretoncitos, porque mi heroína es la suma candidez y no hace nada ni dice palabra con segunda intención.

Sin embargo, Pepito, á veces, debe decirle algunas cosas, no sé yo si con segunda ó con tercera, que eso se lo sabrán ellos; pero el caso es que Inocencia se pone muy encarnada y baja la vista, puede que para ocultar la verdadera expresión que brilla en ella, y dice á su novio con un acento que parece ser la antítesis de lo que modula el labio:

—¡Calla, hombre, que dices unas cosas...!

Ustedes son muy dueños de figurarse las cosas que Pepito Rodríguez, novio de una chica como Inocencia, le podrá decir. Yo, por mi parte, si algo me presumo, me lo callo.

Pues es el caso, que la mamá de Inocencia, que como otras muchas, había hecho la vista gerda cuando empezaron los amoríos de su hija, por aquello de que eran cosas propias de la edad, cuando vió que los tales amores se formalizaban y que finalmente Pepito lanzó la frase sacramental y pidió la blanca mano de su adorado tormento, mi señora doña Camila de las Fuentes, que así se llama la mamá de aquel pimpollo, empezó á hacer la vista flaca, ó, lo que es lo mismo, á no ver con tan buenos ojos como antes al yerno en ciernes.

Pero como madre prudentísima, comprendiendo sin duda que la privación es causa del apetito, aun cuando se tratara de una inocencia tan indiscutible como la de Inocencia, su hija, en vez de obligarla á romper con su novio, iba poco á poco sosteniendo algunos diálogos con ella referentes á las ventajas y desventajas que tenía el matrimonio.

Esto, al principio, no llamó la atención de la joven, que maldito si sabía lo que era aquello del himeneo; mas á fuerza de repetirse tanto el tema, le indicó algo á su novio.

Pepito, que no tenía nada de tonto ni nada de rico, y que se había prendado de veras de la hermosa joven, y más de veras todavía de la dote que tenía, sintió que se le descomponía algo en el cuerpo al pensar que aquel dulce tan rico que ya creía saborear, aindamáis con el dinero de la dote, se le podía volver agua de borrajas, y aconsejó á su amada que despejase la situación con su mamá, porque aquellas dudas eran terribles para él.

Inocencia, aprovechó el primer momento oportuno para decir á su madre:



—Díganme ustedes á mí si no les resulto así.

—A propósito, mamá: ya que hablamos de esto, quisiera consultarte algo que me interesa muy directamente y á ti también debe interesarte por tratarse de mí.

—Ya lo creo, hija mía!—repuso doña Camila.—¿Con quién puedes consultar mejor que con tu madre, que no ha tenido ni tiene otro cariño que el tuyo? Habla, hija mía; pregúntame lo que quieras.

—En primer lugar, deseo que me digas qué es eso del matrimonio.

—Pues el matrimonio,—repuso doña Camila, frunciendo el entrecejo y hablando lentamente, porque en realidad la preguntita era algo peliaguda,—es la unión íntima de dos personas de diferente sexo, que puede ser muy bueno si los dos se aman, y terriblemente malo si no existe el cariño. He de confesarte con verdadera ingenuidad, que el matrimonio es la aspiración que tenemos todas las mujeres.

—Entonces debe ser muy bueno eso de casarse.

—Sí, pero... mejor es no hacerlo muy pronto.

—Y ¿qué te parece Pepito para esposo?

—Ya es bueno, sí, no lo niego; mas tengo la seguridad de que has de encontrar partidos mucho mejores.

—Y ¿opinas que ya estoy en edad de tomar estado?

—Eso desde luego. Estás en la buena edad. Sin embargo, estarás en mejores condiciones dentro de dos ó tres años.

—Y si yo te dijera que voy sintiendo ganas de conocer todo ese misterio que encierra la vida matrimonial, ¿qué me dirías?

—Que es lo natural, hija mía. Ya es bueno que experimentes esos deseos como todas las hemos experimentado; pero mejores y más vehementes los sentirás de aquí á dos años, y te sabrá mucho mejor poderlos satisfacer.

Quedóse la inocente Inocencia pensativa un buen rato, y al verla su madre tan preocupada, creyó que sus observaciones habían producido algún efecto, que la proyectada boda se aplazaría, y que entretanto sabe Dios lo que podría ocurrir.

Así fué que dijo:

—Supongo, hija mía, que después de las observaciones que he hecho á tu consulta, comprenderás que, con un poco de paciencia, podrás disfrutar más adelante, mucho mejor que hoy, esos placeres que lleva consigo un cambio de estado tan radical. ¿No es cierto?

—Mira, mamá,—contestó Inocencia, levantando la cabeza y fijando la mirada en su madre.—Tú dices que todo lo que te he preguntado es bueno.

—Sí; pero hay algo mejor que todo ello.

—Perfectamente. Yo soy modesta en mis deseos. Me contento con lo bueno nada más, y lo mejor lo dejo para los otros.



—Yo se lo digo en secreto:  
si enseñara lo que oculto,

iban ustedes á ver  
lo mejor y de más bulto.



— Con la mantilla española dicen que á ustedes les gusto si empiezo á quitarme cosas, les voy á dar un di-gusto.

## HISTORIA DE LÁGRIMAS

### I

Muchas veces la vi, la amé en silencio,  
y en el lenguaje aquel del corazón,  
muchas veces la dije, sin hablarle,  
que ella era mi ilusión.

### II

Más tarde, se fundieron nuestras almas  
y juntas por el mundo caminaron,  
y un cielo de venturas y de goces  
felices vislumbraron.

### III

Pero poco después, cuando esa dicha,  
reina y señora se hizo del hogar,  
y la paz y el sosiego de esas almas  
nadie llegó á turbar,  
las separó el destino... ¿para siempre?...  
eso... ¡no lo sé yo!

### IV

Yo sólo sé que, de tristeza lleno,  
vivo sin ilusión;  
que es desde entonces para mí este mundo  
un mundo de dolor.

RAFAEL F. Y ESTEBAN.

---

## EL ÚLTIMO ENSUEÑO

Tiernas amigas de mi edad florida.  
Diosas de la pasión, locas Bacantes;  
¿dónde vais, veleidosas, de otra vida  
buscando las caricias enervantes,  
cuando una, en vuestro amor envejecida,  
gozo os pide en agónicos instantes?...  
¡Ardientes Ninfas!... ¡Incitantes Diosas!  
Venid, venid á mí voluptuosas.

¿Por qué, decid, robasteis mi albedrío?  
¿Por qué con sensuales sugerencias  
prendisteis en el casto pecho mío  
el fuego de durmientes emociones,  
para dejarme, con rigor impío,  
hechas, mi dicha y mi pasión, jirones?...  
Marchad, mas antes devolvedme el alma.  
Mi lascivia apagad, y muero en calma.

Libé con ansia el néctar capitoso  
que me brindasteis con pasión mil veces;  
fui dichoso un momento, muy dichoso;  
mas temo tal placer pagar con creces.

No creí que aquel néctar engañoso  
dejaría al final tóxicas heces,  
y encuentro el negro sedimento, ahora  
que es la sed sensual abrasadora.

¡Me abandonáis!.. ¡Porque mi pobre lira  
himnos no entona ya á nuestros amores!...  
¡Porque mi boca, que febril suspira  
cuando recuerdo ¡aymé! tiempos mejores,  
un beso no modula... y yerta mira,  
de vuestros labios de coral, las flores!...  
¿O acaso, ver en mis convulsos ojos,  
vuestros encantos, os produce enojos?...

Siento que me devela la agonía.  
Ya de la Muerte ondea el incensario,  
y la bendita madre Poesía  
por mí preludia canto funerario.  
¡Diosas!... ¡Ninfas!... ¡Bacantes!... Mi alma ansía  
que lleguéis á sellar su relicario,  
dejando entre mis labios, amorosas,  
de vuestros labios de coral... ¡mil rosas!

A. HERNÁN. EZ Y CID.

## UN PASAJE DE LA BIBLIA

(CUENTO)



—Al que miro, lo fascino  
si lo encuentro en mi camino.

No quiso oír más la joven y salió con sus amigas, dirigiéndose á su casa más pensativa que de ordinario.

Aquella noche no durmió apenas, dedicándose á madurar un arriesgado plan que trataba de llevar á efecto lo más pronto posible.

Había que inutilizar á Perico á toda costa. Este, era un mocetón como un castillo, lleno de vida y alegre como unas castañuelas; tan alegre, que á veces se pasaba de la raya, proporcionando serios disgustos á María, que le adoraba con toda la fuerza del primer amor.

Perico abusaba del físico y de las fuerzas físicas, y no había moza en el lugar que no hubiera sentido en su talle el contacto de los nervudos brazos del pastor.

Esto, comprenderán ustedes que no podía ser del agrado de la novia, y esto era lo que ella trataba de evitar.

\* \* \*

A la mañana siguiente, y cuando las sonrosa-

Los domingos por la tarde, se reunían las mozas de cierto lugarejo en casa del maestro de escuela, y pasaban las horas muertas oyendo, más por la boca que por las orejas, lo que el pacienzudo hombre les explicaba para *ilustrarlas* y ponerlas bien con Dios.

Los pasajes de la Biblia, narrados y comentados á la pata la llana, eran los temas elegidos por el pedagogo.

Uno de estos pasajes hizo que una tarde arrugara el entrecejo una de aquellas muchachas llamada María, guapa *ella*, y con unos contornos dignos de la más acabada escultura.

Como ya he dicho, María arrugó el entrecejo y se quedó en actitud de pensar.

Se trataba nada menos que de la fechoría que hizo Dalila cuando le cortó los pelos á Sansón.

Cuando terminó la plática, la garrida moza se quedó detrás de sus compañeras, y aproximándose al viejo orador, le preguntó:

—Diga usted: ¿no hizo más que cortar el pelo?

—Nada más, hija mía,—le contestó el maestro.

—¿Y por eso perdió Sansón toda su fuerza? —siguió María, con creciente interés.

—Como que se quedó sin dos adarmes.



—Me acuesto pensando en él;  
pensando en él, me levanto,

y él, pensando en mí, no duerme  
y se va quedando flaco.



—Que descubra lo que cubro  
ustedes me están diciendo.

Pues si lo descubro... Nada,  
el paraíso se ha abierto.

das tintas de la aurora comenzaban á disipar las misteriosas sombras de la noche, ya estaba María en la ventana, con la vista fija en el espacio y el oído atento, como el cazador que espera en el puesto la llegada de la perdiz.

No tardó mucho la joven en estremecerse ligeramente.

Allá, á lo lejos, había sonado la esquila del ganado, que poco á poco se iba acercando.

La aldeana se retiró de la ventana y abrió de par en par la puerta de la calle.

Tal no hubiera hecho.

A muy corta distancia vió á Perico, junto á la fuente, forcejeando con una muchacha tan guapa como ella y tan alegre como Perico.

—¡Espera, gandulazo!—gritó María, sin poder contener el coraje.

Y lanzando centellas por los ojos, apretó con nerviosa mano las afiladas tijeras que pendían de su cintura.

—¡No seas celosa, tontona!—gritó Perico, corriendo detrás de la otra.

María se interpuso con los brazos abiertos, y así acabó aquel *idilio matutino*.

El pastor se reía á más no poder, mientras las dos mozas se miraban de mala manera.

—¡Eres una descaradota!—gruñó la novia de Pedro.

—Pero, mujer,—siguió la aludida,—si yo no tengo la culpa; es él que me agarra y yo no puedo defenderme.

—¡Pues es menester que aprendas á defenderte, que ya tienes años para eso!

—Mira: ayer cogió á Pepa, la del tío Blas, y como es tan brutazo y tiene tanta fuerza, la sujetó, y, nada, quieras que no quieras, le dió dos besos en *mitá* de la cara, que se oyeron en tres leguas á la redonda.

Perico seguía riendo como un animal, y no escuchó que María dijo, sin soltar las tijeras:

—Sansón tenía más fuerza y se quedó sin ella... ¡Me la pagarás todas juntas!

Después de esta escena, quedó la cosa como una balsa de aceite.

Perico trató de acariciar á su novia, ésta dió un respingo y se metió en su casa.

\* \* \*

Ha llegado la hora de la siesta.

El sol caldea los campos y dora las mieses, mientras el canto de las cigarras sirve de *run-run* para el trabajador que descansa de las fatigas de la mañana.

Perico tiene el ganado sesteando bajo unos corpulentos algarrobos y él duerme tranquilamente en un pajar cercano.

Nadie discurre por aquellos alrededores.

De pronto se oye crujir el ramaje, aparece María, y, andando de puntillas, se dirige al pajar donde descansa su amante.

¡Pobre Perico! ¡De esta *echá* te quedas pelón, porque las intenciones de María son terribles!...

.....

Ha transcurrido una hora, y ni María ni Pedro dan señales de vida, y no sé el tiempo que hubieran seguido de tal suerte, si el mastín del ganado no hubiera puesto el ladrido en el cielo como para despertar á su dueño y señor.

En efecto: María salió precipitadamente, con el cabello en desorden y las mejillas del color de los ababoles.

Miró á uno y otro lado, se cubrió la cara con las manos, y partió de allí corriendo como una garza.

Perico no tardó en presentarse, con algunos trasquilones en la cabeza, pero con cierta satisfacción en el rostro; se encasquetó el ancho sombrero de paja, y dando una voz al ganado, se alejó de aquel sitio, no sin haber lanzado un prolongado suspiro.

\* \* \*

Al siguiente domingo, María era la primera que llegaba á buscar al maestro.

Estaba más preocupada que otras veces.

—Diga usted, señor Timoteo,—le preguntó al llegar.—¿Qué le pasó á Dalila cuando acabó de cortarle el pelo á Sansón?

—Eso no lo dice la Biblia,—contestó el maestro.

—Pues si la Biblia no dice *na* de eso, tampoco diré yo *na* de lo otro,—murmuró la moza por lo bajo.

Y se quedó tan fresca.

BARCELONA



GRAN CAFE RESTAURANT COLÓN (interior del salón café).—Propietario, D. Arturo Vilaseca

C. BERTAZIOLI.—Fot., Plaza Sta. Ana, 4, 2.º



# LOS CAFÉS

## II



NTREMOS, si te parece, querido lector, en este café cantante que encontramos á nuestro paso.

Y no debe sorprenderte que te haga entrar en un café cantante, porque ya sabes que ahora hemos tenido necesidad de agregar al café, cualquier otra cosa.

Ya no nos conformamos con ir á tomar el caté mejor ó peor, sorbiendo el humeante líquido al acompañamiento del piano, tocado con más á menos maestría. Eso hoy resultaría *cursi*, anticuado, sin atractivo.

Hoy es preciso que haya café, y concierto, y escuela de billar, ó tiro de señoras ó baile y cante flamenco; es decir, que el café propiamente dicho, es lo de menos; lo accesorio es lo más.

La cuestión es que, si antes dejabas en el café cincuenta céntimos, si querías echártela de rumboso, hoy te dejas el dinero que llevas, si no se te quedan allí también la paz y la tranquilidad de tu casa.

Inútil es decir que, siendo tantos los elementos que hoy se reúnen para hacer más agradable la estancia en esos establecimientos, los incidentes son más numerosos y frecuentes los accidentes.

Ya estamos dentro del café. Ya nuestra vista ha podido vencer la cortina de vapores del salón y vemos algo.

Esa mesa que está en el centro es un punto estratégico que nos permite distinguir todo el salón.

En el pequeño escenario situado en el fondo, una francesa, una *divette* ó una *estrella*, como se llaman todas esas señoras que vamos á buscar al otro lado del Pirineo, canta unos *couplets* que harían ruborizar á un guardacantón, si pudiera entenderlos; pero basta ver la expresión y los ademanes de la cantante para adivinar lo que quiere decir.

En una mesa, no lejos del escenario, está sentada la bailarina que poco antes pisó aquel mismo tabladillo, esperando que se acerque algún incauto para que sea el pagano del gasto que ella le obligue á hacer.

Porque todas esas artistas están contratadas para que sirvan de gancho á los que se aproximen y dejen cuádruple utilidad al dueño del establecimiento.

¡Ya ves á qué extremo descende el arte! El vicio ó la miseria sirviendo de cebo para que aumente el consumo en beneficio del amo del cotarro.

Esto da lugar á escenas como la que vas á presenciar.

Fijate en esos cuatro ó cinco jóvenes que están sentados en esa mesa que hay á nuestra derecha.

Escucha su conversación.

—Oye, Paco,—dice uno.—¿Qué haces? ¿No vas á convidar á la Pepa? Te está mirando hace rato.

—No,—contesta el interpelado.

—Es que éste se ha cansado ya de hacer el primo,—añade otro.



—Escucha, Eduardo,—responde Paco;—yo no hago el primo ni con la Pepa ni con ninguna mujer. Eso tú, que has estado dos meses pagando el café y la cerveza y alguna cena á Rosita y su madre, para no sacar nada.

—¿Que no he sacado? Eso lo dirás tú. ¡Buen nene estoy yo para tirar el dinero sin cobrarme un interés algo crecido!

—Pero, di, Eduardo,—dijo el cuarto de los jóvenes;—¿eso es verdad? ¿Conseguiste de Rosita...?

—¡Todo, chico, todo! Ella y su madre se creyeron que yo me había caído de un nido y... y se han convencido de que las que cayeron fueron ellas. Y la chica es una hembra que vale, vaya si vale, y que sabe su obligación como la primera.

—¡Ah tunante! ¡Con qué satisfacción lo dice!

—Ahora entran en el café,—dijo otro de los compañeros, indicando dos señoras y un caballero que acababan de franquear la puerta.

—¿Quién es ese que las acompaña?—dijo Paco.

—El que me ha substituído en el amor de la niña,—repuso irónicamente Eduardo.

—¡Pues aviado va el mozo!

Y los jóvenes soltaron la carcajada, mirando irónicamente á los que acababan de entrar, mientras que tú, caro lector, y yo, no podemos contener nuestra indignación, porque precisamente conocemos á las dos señoras y al joven que va con ellas, que es hermano de Rosita.

Pero la conversación de los desvergonzados jóvenes continúa, y ahora le toca á Paco echárselas de calavera y afortunado con las mujeres.

—Vaya,—dice,—pues para que veáis que yo no soy tan memo como éste quería suponer, la Pepa ha sido mi querida seis días.

—¡Pronto se cansó de ti!

—No fué ella, amigo Sánchez, que fuí yo. Las relaciones con esas mujeres no duran más que ese tiempo. El suficiente para que te coman un riñón.

—¡Comprendo! En cuanto te gastaste con ella la pensión de tu casa...

—No,—dijo Eduardo.—¡Si ésa ya se la había jugado antes de recibirla!

Paco se mordió los labios al verse así descubierto. En esto había ya concluído la francesa los *couplets*, y estaba *copeando* en una mesa inmediata, rodeada de algunos aficionados al género.

La habían substituído en el escenario dos hermanas, bailarinas, de las cuales una iba vestida de hombre.

—¡Olé!—exclamó uno de los jóvenes.—¡Bien por las Panaderas!

—¡Valientes bribonas están las dos hermanas!—dijo Eduardo.

—¡El bribón y el desvergonzado lo es usted y todos los *lipendis* que le acompañan!—dijo en esto un individuo que, sentado en otra mesa, como nosotros, se conoce que no había perdido una palabra de la edificante conversación de los jóvenes.—¡He *tragao* mucha quina escuchándoles,—prosiguió,—y esto se ha concluído!

Y al decir esto arrimó una soberbia bofetada á Eduardo.

Excusado es decir que se armó el gran escándalo, que algunos de los desvergonzados señoritos tuvieron que ser conducidos á la Casa de Socorro y el agresor al Gobierno civil, y nosotros abandonamos el café cantante para seguir nuestra observación en algún otro.





## LA PANDERETA

**R**OSARIO me tenía el juicio trastornado.  
El caso no era para menos.

Al poco tiempo de conocerla, había depositado en mí toda su confianza, y yo había comenzado á sentir así como un caprichoso deseo de amar á aquella linda criatura; porque debo confesar á ustedes que era lo que se llama una hermosa mujer, con todos los atractivos y seducciones de las graciosas sevillanas.

Además, aquella niña debía ser conquista fácil.

¡Bailaba en *El Burrero!*...

—Pues, nada, manos á la obra,—me dije una noche.

Y sin preparación de ningún género, le lancé á quema ropa la siguiente declaración:

—Rosario, hija, me gustas mucho y estoy dispuesto á que dejes el baile, si es que quieres vivir conmigo.

La bailarina me miró con aquellos ojazos negros, sonrió de un modo extraño y exclamó:

—Ya esperaba yo que un día ú otro salieras por ahí.

—¿Y bien...?—pregunté con interés.

—Mira, Antonio... no quiero engañarte. Yo no puedo quererte nunca.

Confieso á ustedes que me quedé estupefacto.

—¿No te gusto? —le dije ridículamente.

—Sentiré que te preocupes ...; pero sepas, para que tu amor propio no se mortifique, que no amo á ningún hombre.

Y cogiéndome una mano entre las suyas y acariciándome como á un niño, añadió:

—Vamos, no seas tonto, y piensa en otra mujer; yo te ayudaré á buscarla.

—¡Pero, Rosario...!—murmuré, contrariado.

Rosario no me hizo caso; me dió una palmadita en la cara y me dejó solo con mis dudas y ardientes deseos.

Aquello no podía ser. Yo era joven y no mal parecido; me sobraba el dinero y me lo gastaba á manos llenas... No había duda: Rosario me despreciaba porque tenía otro amante.

Aguijoneado por la curiosidad, ó, mejor dicho, por los celos que ya comenzaba á sentir, abandoné el café y me dirigí á casa de la bailaora.

Allí encontré á la vieja sirvienta, especie de bruja y diablo cojuelo.

—No está Rozariyo,—dijo al verme.

—Lo sé,—le contesté.—Vengo á buscarte á ti, para hacerte un regalo.

—¡Jezú, y qué güeno é er zeñorito!—murmuró la bruja con zalamería.

—Aquí tienes cinco duros; pero contéstame á esta pregunta: ¿Cuál es el amante de Rosario?

La vieja cogió los cinco duros y me indicó que la siguiera.

Entramos en un saloncito; la sirvienta se paró en el centro, y señalando á una artística pandere-ta que había colgada en la pared, con el retrato de Rosario y otra bailaora con calañés, exclamó:

—Zi er zeñorito no ez tonto, ya lo habrá diquelao to, como en las comedias.

En efecto: aquel grupo hizo que me diera volteretas en el estómago el primer plato del almuerzo.

DON TANCREDO.

## TARDE Y NOCHE

¿Qué sucedió, mi bien, aquella tarde  
que, rojo el rostro y agitado el seno,  
sin pronunciar tus labios una frase,  
con tu silencio me mostraste el cielo?

¿Qué sucedió después, aquella noche  
en que, herida mi alma por los celos,  
con tu mismo silencio me enseñaste  
lo mucho que se sufre en el infierno?

¿Qué había de suceder? Que abandonaste  
el traje usado por el traje nuevo...  
Aunque lo dudes, entre tarde y noche  
hay, para el amor, un siglo entero.

R. DEL C.

## COLMOS

El de la filarmonía, tocar el violón con el Arco Iris.  
El de la curiosidad, quitarle la Mancha á Albacete.  
El de la seriedad, no reirse de nuestros gobernantes.  
El de la limpieza, no lavarse las manos por no ensuciar el agua.

El del pianista, tocar... el cielo con las manos.

El de hacer el oso, pasearle la calle á una negra hasta que se vuelva blanca.



—¡Qué tarde se fué Manolo!...

## EL FIN DE LA CARRERA

### I

AQUELLA mujer enloquecía con su mirada ardiente; un flúido extraño emanaban aquellos ojos grandes, negros, constelados por brillantes chispas, efluvios de lujuria. Su boca, ardiente y excitante, movía sus labios con atracciones eléctricas de amor sensual, con vehemencias de besos enamorados y profundos suspiros.

Entré á visitarla; era la mujer de moda, la querida codiciada por el mundo elegante.

Allí estaba, tendida en el blando diván de terciopelo grana, lecho mil veces de amor desordenado, de placeres lúbricos. Se hallaba en él, tendida con ficticia indolencia; la falda de raso, levantada intencionadamente, descubría la fina enagua de rico hilo, al través de cuyos encajes se adivinaba la estirada media de seda negra, prisión de aquellas torneadas columnas, incitadoras de tantos deseos.

Yo me acerqué; sufrí terrible convulsión al respirar su aliento. Me acerqué más, toqué sus labios y perdí el sentido.

¡Era la mujer de moda!

### II

Otra tarde visitaba el Hospital de la Princesa: un herido gravísimo necesitaba los auxilios de la ciencia.

Al atravesar la sala de mujeres, me detuve ante un lecho lleno de miseria, en el que una mujer, entre los delirios de la fiebre, acosada por terribles remordimientos, hacía su confesión á un sacerdote.

Era ella. Sus ojos sensuales ya no despedían ráfagas de desecs: estaban inundados por abrasadoras lágrimas, en las que sobrenadaban puntitos blancos, chispas apagadas.

No me reconoció.

¡Era el número 104!

### III

Mi herido falleció víctima de la gangrena. Yo me dirigía á la sala de autopsias.

Allí tuve que esperar turno. En una extensa mesa de mármol descuartizaban un cadáver. Un montón de pelo rubio que había en el suelo me hizo comprender que era de mujer.

Me acerqué y pude convencerme: era la mujer de moda, el número 104.

Asquerosa enfermedad había acabado con su existencia, y allí estaba, muerta, hecha jirones la piel, abierto el vientre, desgarrado el pecho; pero con los ojos abiertos aún, muy abiertos, y con pintas amarillas, cargados de sensualismo que se extinguía, de deseos que se evaporaban.

¡Era un habitante más de la fosa común!

RICARDO S. DE INESTRILLA.



—Con su cara celestial parece que me provoca.

¡Ay, qué sonrisa tan dulce le adivino en esa boca!

## CONCURSO DE CARTELES

Hemos recibido una elegante revista ilustrada, publicada en Buenos Aires, con motivo del primer concurso de carteles anunciadores de los cigarrillos «París», que se elaboran en la acreditada fábrica de tabacos que en aquella República posee don Manuel Malagrida.

El certamen verificado ha puesto de manifiesto el buen gusto y talento de los diferentes artistas que en él han tomado parte, del mismo modo que la esplendidez del señor Malagrida.

En vista del resultado de este primer certamen, se ha dispuesto un segundo, organizado en mejores condiciones para los artistas.

El concurso será universal, elevándose la suma de los diferentes premios á la importante cantidad de 22,000 francos.

Como verán nuestros lectores, se trata de un verdadero certamen artístico, que á la vez que prueba la importancia de la mencionada fábrica de tabacos argentina, sirve también de poderoso estímulo para los pintores.

Merece nuestros plácemes el señor Malagrida por su noble iniciativa, del mismo modo que los merecen los artistas premiados en el mencionado primer concurso.

Los artistas que deseen concurrir al nuevo certamen que se anuncia y deseen adquirir más datos, pueden dirigirse al secretario, don Enrique Casellas, calle Esmeralda, número 258, Buenos Aires.



### CUENTOS

Catalina II era todavía gran duquesa de Rusia, y no lograba tener sucesión de su marido, nieto de Pedro el Grande.

Las circunstancias hacían peligrosa la falta de heredero del imperio.

El canciller Bertuchef fué un día á ver á Catalina y le dijo:

— Señora, el imperio necesita un heredero.

La gran duquesa respondió con dignidad:

— Puesto que tan preciso es que yo tenga un hijo, ordene usted que esta noche venga á mi palacio Solticof (un oficial de la guardia).

Aquel adulterio dió un fruto y nació un gran duque.

— ¿Sabes, — decía Luis XIV á Montcrif, — que no falta quién te echa ochenta años?

— Si que me los echarán, — respondió el poeta; — pero yo no los tomo.

— Esta postura es forzada; estoy de frente mejor. Me figuro que no hay nadie que no tenga mi opinión.

# Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

## COCINA CÓMICA

### Tortilla de dátiles

Te vas derecho á Elche, buscas allí una palmera de las mejores que haya en aquella hermosa huerta. Tomas después un canasto, un cuchillo y una cuerda, y ligero como el viento, ó despacio, como puedas, vas subiendo hacia el penacho y, en llegando allí, te sientas. Descansas, llenas el cesto con lo mejor que allí veas, te recalcas los bolsillos, el seno te lo rellenas, y ya que los ricos dátiles en ningún sitio te quepan, te abrazas bien al canasto y te tiras de cabeza... que cuando llegues al suelo, tendrás la tortilla hecha.

J. A.

GARANTÍAS DEL LICOR DEL POLO: 31 años de existencia con ventas verdad, comprobadas, de más de mil frascos diarios solamente en España. Entre todos los dentífricos extranjeros juntos no venden en España la décima parte. El más agradable, más higiénico y más barato de los dentífricos. Premios en Viena y París. Primer premio IX Congreso de Higiene. El antiséptico más eficaz y el único que conserva sana la dentadura hasta la más avanzada edad. Hecho testificado por dos generaciones.

## Soluciones á lo insertado en el núm. 538

CHARADA.—Abecedario.

ROMPECABEZAS.—Sara Ana, Inés, Serafina.—Rana.—Sena.—Si, Re, Fa.—Fina.—Risa.—Ser.—Era.—Anís.—Fai.—Arena.—Ara.—Asar.—Ni.—Fin.—Fresa.—Fea.—Fe.—Siena.—Rifa.

SALTO DEL CABALLO:

El amor es el conjunto de lo bello, y es también de las glorias del Edén el más cumplido trasunto. Es el astro encantador, nuncio del bien celestial, lazo que estrecha al mortal con el Supremo Hacedor.

## Correspondencia

P. Pérez.—*Calamocha*—¡Lástima de tiempo que ha perdido usted componiendo esos renglones!

J. G. C.—*Sueca*.—Me parece incompleto su logogrifo. Si tiene copia, repásele y se convencerá de ello.

M. C. y M.—Se publicarán sus pasatiempos.

EXÍJASE el *Bálsamo antirreumático de Orive* con la inscripción *Farmacia de Orive, Bilbao, en vidrio y cápsula, y de color verdoso. 2 pesetas frasco, farmacias.*

Un viejo.—*Alcañiz*.—Si eso escribe usted siendo un viejo, ¡válgame Dios, y qué desatinos escribiría cuando joven!

Una viuda.—*Alcalá de Henares*.—Dispense usted, señora, si la digo que esas «Lágrimas» que me ha enviado, resbalando por sus mejillas, si es usted joven y guapa, la prestarían un nuevo encanto; pero en el papel, y en seguidillas de diez sílabas, son... son muy retfeas.

J. M. R.—*Barcelona*.—Ya ve usted que se ha publicado.

A. C. del D.—*Valencia*.—Es demasiado humorismo la «Humorística» que ha enviado. Como puede usted hacer algo mucho mejor, porque tiene facultades para ello, hágalo, y tendremos mucho gusto en publicarlo.

R. M.—*Huelva*.—No se canse usted más, hombre de Dios. La pobre Eva debe estar frita ya de oír las maldiciones que lanza usted sobre su descendencia.

UNA DE LAS CAUSAS dirimentes del matrimonio es el mal olor de la boca. Desaparece con el *Licor del Polo* tan adversa contrariedad. 6 reales frasco, para dos meses.

F. M.—*La Gineta*.—Ya habra usted visto publicado su trabajo.

N. M. G.—*Barcelona*.—Muy bonita poesía, pero no es para la indole de este semanario.


V. B.—*Madrid*.—Queda usted complacido y nosotros también, porque es muy linda.

R. S. I.—*Badajoz*.—Ya habra usted visto la ligera alteración que nos hemos permitido hacer en el título del artículo, que está muy bien escrito.



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

## 48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

—Esta perspectiva tan preciosa y estos perfumes tan dulces me encantan,—exclamó Collinet, saltando en su banqueta.

—¡Sí!—repuso Daniel.—¡Los perfumes te encantan, pero el buhoff te anima!

—Mi valiente defensor, he aquí un malhadado poeta que nos insulta con esa frase agresiva. Pero Gay, cansado de sonar el látigo, detuvo su caballo y le hizo señal al músico de que callara; y en seguida colocó una mano sobre sus ojos para distinguir mejor un animal que se paseaba en la vecina pradera.

—Ya sé lo que es,—dijo el músico en voz baja;—es una zorra que está cazando, y si tuviera mi escopeta, veríais cómo la echaba á rodar.

—No, señor; no es una zorra: son los gatos de las cercanías que cazan de noche, y, desgraciadamente, destruyen mucha caza. ¿Decís que si tuvierais vuestra escopeta no se os escaparía? Pues yo os digo que en ese caso haríais bien en dármela, pues el tiro sería más seguro en mis manos.

—¿Qué sabéis?—repuso Collinet encolerizado.—Yo soy un excelente tirador; ¿me entendéis, señor guarda?... y sino preguntádselo á Daniel.

—Amigo mío, mañana harás tus pruebas, y Gay te hará la justicia que merezcas.

—Sí, señor: mañana,—repuso el guarda,—veremos cómo tiráis un conejo ó una perdiz.

En esto llegaban á la verja de la quinta; pero todo el mundo reposaba, al parecer, en aquella magnífica vivienda, porque no se distinguía ni una luz al través de las ventanas. El guarda condujo el caballo á las cuadras, mientras que Daniel y Collinet, precedidos de un criado que llevaba en cada mano un candelero de plata, subieron una grada y una ancha escalera de piedra.

Después de haber introducido á los dos amigos en las habitaciones que les estaban destinadas, iba el criado á retirarse, cuando el músico le llamó para decirle:

—Prevenid á Gay que me llame mañana á las cuatro.

Y ambos, cansados del viaje, no tardaron en dormirse.

Collinet, antes de cerrar los ojos, le gritó á Daniel, repantigándose en su cama:

—¿No sientes el buen olor que exhalan estas sábanas tan blancas?

—¡Hablador! ¡Duérmete y déjame dormir!—repuso el poeta.

Al otro día se despertó Collinet al contacto húmedo y caliente que le pasaba por la cara. Hizo una mueca primeramente, abrió en seguida los ojos, y apercibió una gran cabeza canina que le daba los buenos días á su manera.

—¡*Parpailot*, abajo!—dijo imperativamente el guarda, que había sido precedido por su perro favorito en la habitación del músico.

—Perdonadme, señor,—repuso Gay, quitándose su tricornio,—y dispensad también á *Parpailot*, que es muy joven,—y al mismo tiempo le dió un puntapié al animal,—pero es muy bueno; ya juzgaréis de su habilidad en el bosque dentro de poco.

Collinet, medio recostado en la cama y apoyándose en la pared, se secaba con la manga de la camisa y trataba de recordar, para comprender lo que significaba aquello. Un joven alto, de maneras tan simples como distinguidas, y vestido de cazador, entró en la habitación, y, acercándose á la cama del músico, le dió la bienvenida apretándole la mano.

Collinet se había anunciado como un gran cazador, cuando en realidad no era más que un mal aprendiz; pero no quiso retroceder, sin embargo, y mientras se vestía reflexionaba en lo difícil de su posición. Entre tanto, Gay le iba dando sus efectos uno por uno.

—Pero, caballero, ¿no habéis traído vuestro traje de caza?—le dijo el guarda, admirado de ver que se endosaba su frac negro.

—No, por cierto. Me olvidé.

—Pues remediaremos vuestro olvido; mi amo os dará un traje conveniente. Señor Clementí,—le dijo á éste, que había entrado en el cuarto de Daniel,—voy á vuestras habitaciones para darle al señor los efectos de caza que le hacen falta.

Y volvió al momento con una blusa, un pantalón de pieles, unos botines de cuero, una gorra y un morral.

—Caballero, poneos este traje, que es más adecuado para una cacería, porque no podríais atravesar sin peligro el bosque de Cormeille, vestido como un abogado. (Continuará.)

M. ASSARDON.







20 cénts.

Núm. 540

# UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

—El pantalón es muy largo y los botines muy anchos; pero Gay lo remediará todo,—repuso el amo Collinet, recobrando su escaso valor.

—El tiempo no está muy seguro aún y Daniel teme á la lluvia,—dijo el joven, que acababa de salir de la habitación de aquél.—En cuanto á vos,—prosiguió, dirigiéndose á Collinet,—sois cazador como yo, y todo está dicho: dejemos dormir á ese perezoso.

Ya iba á bajar la escalera Collinet, cuando entró nuevamente en su habitación para mirarse al espejo, y formó mejor opinión de sí mismo viéndose pertrechado de pies á cabeza.

Entonces cogió su fusil y se lo echó al hombro para completar el cuadro.

—¡Por Dios, que está's perfectamentel—le dijo Gay, que acababa de entrar en aquel momento.—Aunque hubierais hecho venir vuestro tapicero de París, no os habría vestido con más gusto. Pero marchemos, que mi amo nos espera.

Cuando Daniel se levantó, había vuelto el mal tiempo. La lluvia caía á torrentes, y veía, al través de las ventanas cerradas, cómo azotaba el agua los cristales; y luego se fué á la biblioteca á hojear algunos libros por vía de pasatiempo.

Le distrajo de su lectura un tiro que resonó en el patio del castillo, haciendo retemblar los cristales de las ventanas, y apercibió á Collinet, que tenía en la mano una liebre enorme, que entregó á un criado, diciéndole que la preparase para la noche.

—Yo me vuelvo al bosque,—le decía el músico en voz alta al criado, mientras cargaba de nuevo la escopeta;—hemos descubierto la cama de un jabalí que, según las señas, debe ser monstruoso, y, por lo tanto, echo un balín en cada cañón. Esta noche,—añadió, echándose la escopeta al hombro,—haré traer la piel de ese terrible animal al castillo; por lo tanto, tened cuidado que se la enseñen á los convidados á la hora de cenar.

El criado se inclinó en señal de asentimiento, y Collinet emprendió nuevamente su camino. Daniel lo llamaba con todas sus fuerzas; pero el músico no le oía, porque estaba muy lejos. Bajaba éste vivamente la escalera para alcanzarlo, cuando, al llegar al primer piso, se detuvo para escuchar el diálogo siguiente, y alargando el cuello por encima de la barandilla, vió la imponente estatura de la castellana que se dibujaba en la puerta de su habitación:

—¿Qué es lo que hay?—dijo aquella respetable señora, con imperiosa voz, á dos criados que hablaban, teniendo uno de ellos la liebre de Collinet.

—Señora, lo que hay,—respondió su vieja camarista, que se llamaba Rosa,—es que uno de los caballeros que llegaron ayer de París, salió á cazar esta mañana y ha traído una liebre.

—Y ¿qué más?

—Después, señora,—prosiguió la camarista con aire socarrón,—el cocinero afirma que esta liebre está muerta hace más de cinco ó seis días, y como tiene un poco de olorcillo, creo que tiene razón.

La castellana se sonrió y se inclinó un poco ante Rosa, mientras que ésta, con temblorosa mano, levantaba la liebre para someter al olfato de su ama aquella pieza de dudosos antecedentes. Concluída la inspección, reflexionó un instante y pronunció el fallo siguiente:

—Asar esa liebre para esta noche; pero antes que llamen á comer, tened cuidado que la caza, preparada como he dicho, la lleven á la repostería; entonces venid á avisarme.

Los criados se bajaron á la cocina para ejecutar dicha orden, y Daniel se volvió á su cuarto á paso de lobo, tratando de penetrar el proyecto de la señora.

Aun no había pasado una hora, cuando la tempestad se disipó.

Daniel bajó las escaleras con ligereza, atravesó el gran vestíbulo de la quinta y abrió la puerta del huerto para ganar el bosque. La borrasca había destrozado el jardín, y parecía que un biello de hierro había pasado por todo su circuito.

Iba ya á saltar una zanja que costeaba una cerca que descendía hasta el arroyo, cuando oyó el chasquido de un eslabón chocando contra la piedra, y en seguida llegó hasta él un fuerte olor